



transmiten conocimientos y Sócrates prefiere el desarrollo personal.

Nos despedimos con gratitud de la señora Fainarete y, luego, revisamos las consecuencias de ambos métodos por ver cuál transforma más la realidad y al propio

alumno. Si el protagonista es el maestro, los alumnos, en el mejor de los casos, son receptivos. El riesgo es enfatizar la repetición del maestro y del texto y, lo peor de todo, que las notas excelentes son para los que repiten con mayor exactitud...

El método socrático fue una de las causas determinantes de que surgieran en Grecia tantas figuras eminentes en las ciencias y en las artes... Nuestro sistema educativo ¿prepara para el examen, el cartón y el título... o para la vida?



2 De dos en dos

José Luis Veredas (SA)

Tenemos dos hijos. La parejita.

Nacieron en esos tiempos en los que campaba por sus anchas la moda de poner a los hijos nombres, digamos, singulares.

Aquellos tiempos en que los naturalistas llamaban a sus vástagos Jara, Sabina o Endrino.

Mis hijos se llaman Cuchillodepalo, el muchacho y Talastilla, la chica.

Yo siempre fui un tipo refranero. Ya se sabe “hombre refranero, hombre porculero”. Por ahí, por ahí mismo me han venido a mi dadas las “bromitas” con los nombres de mis hijos. El destino también debe ser refranero: “donde las dan, las toman”.

Yo soy maestro, o profesor, o mitad y mitad. Ya va para el cuarto de siglo que doy clases en efepe. He dado matemáticas, lengua, sociales,

naturales, física, química, dibujo, contabilidad, viverismo, organización de empresas, formación y orientación laboral, relaciones en el entorno de trabajo, sanidad vegetal, botánica, riegos, suelos, climatología, ecología. Esto no es una lista para exponer mis vastos conocimientos. Al contrario deja bien a las claras que básicamente no sé casi nada de ningún tema. ¡A ver quién es el guapo!

Sin embargo, no se me viene dando nada mal dar clase a los jovencitos.

Tengo y he aprendido ciertas mañas para tratar a los adolescentes, para lograr esa distancia que me permite ser próximo a ellos sin dejar de ser quien soy, su profe; cierto trato que hace que con facilidad nos abramos y nos oigamos y escuchemos y entendamos y, en algunos momentos, hasta nos hagamos caso.

Y ya no hablo, claro está, de contenidos académicos.

Vamos, que siempre se me ha dado bien la formación de jóvenes. Hasta muy bien. Y mejor aún se me ha dado el trabajo con aquellos que llevan mal, muy mal, los estudios.

Hasta el punto que casi casi he creído que de eso yo sé y hasta podría dar algunas pistas a otros profesores y maestros.

Mi hijo, el mayor, el muchacho, es un niño excelente, aunque esté feo que yo lo diga. Ordenado, capaz, autónomo, correcto, reflexivo, disciplinado, inteligente, limpio, con magnífico y pelín agrio sentido del humor, responsable, humilde, obediente. Los resultados en los estudios notables.

Palabra. Todo lo que digo es verídico y demostrable. Todo menos el tiempo del verbo: “es un niño excelente”.



Realmente “fue un niño excelente”. ¡Oye! fue cumplir exactamente los trece años y como si de un asesinato sin encontrar el cuerpo de la víctima se tratara: ese buen niño desapareció.

Ahora ya han pasado cinco años de la metamorfosis de Cuchillodepalo. Ahora en casa, mejor dicho en su habitación (el resto de casa prácticamente ni lo pisa), existe un joven inseguro, con cambios de humor increíbles, incommunicativo, al tiempo que abducido por la comunicación continua e instantánea mediante el móvil, convulsivamente obsesionado por el aspecto físico, también obsesionado por la limpieza, desordenado hasta el infinito con los tiempos. En estos cinco

años no da palo al agua en los estudios. La última evaluación le han quedado nueve de ocho asignaturas. Increíble pero cierto. Aún no sé como lo hace.

Cuchillodepalo es mi cura de humildad. Antes os dije que estuve a tiempo de “dar clases” a otros profes de cómo tratar con jovencitos. Menos mal que abrí poco el pico. “Zapatero a tus zapatos”. Estoy hasta el moño de aguantar lo de “en casa del herrero...”

Mis decepciones educativas paternas giraron la vista hacia mi hija, la pequeña, Talastilla. Un salvaje gesto inconsciente que decía algo así como: “ya que con el muchacho has perdido, centra tus esfuerzos a que salga bien la siguiente”.

Talastilla es una maravilla de niña: alegre, abierta, comunicativa, todo lo cuenta hasta la indiscreción, inteligente, trabajadora, obediente. En definitiva, y está feo que yo lo diga, es un encanto, una niña maravillosa.

Perdón, vuelvo a errar en tiempo verbal: “era un encanto”. Fue cumplir los 12 años y zas... una adolescente. No sé el día concreto, porque fue un antes y un después de un campamento de verano que duró 15 días. Nosotros dejamos a las puertas del autocar a la niña encantadora y a la vuelta nos entregaron “otra cosa” (aparte de más sucia, pero eso son cosas que pasan en los campamentos de verano).

Ahora es cabezota, cuenta sólo lo que le conviene,



nunca se sabe en lo que anda, no sabemos ni lo bueno, protesta, malhumorada, con unos impulsos de cabreo de déjala sola, no encuentra minuto que no sea para estar con las amigas en la calle o con el móvil. Y los estudios ya empiezan a hacer aguas.

Curioso. No concuerda nada de la visión de mi

niña en casa con la que me cuentan las madres de sus amigas y otra gente que la conocen. Dicen que Talastilla es (sigue siendo) maravillosa.

Tengo que confesar que Talastilla es igualita igualita a como era yo de joven.

Todo este largo preámbulo para dejar aquí y ahora por escrito "todo lo que NO sé sobre cómo ser un buen padre de adolescentes" (y no es ironía y humildad socrática, yo sí que puedo decir, sin una brizna de falsa modestia, que sólo sé que no sé nada).

1ª CERTEZA RECTIFICADA.

Todo lo aprendido al traste. Creo haber puesto en funcionamiento todas mis artes en el trato con mis alumnos



al servicio de Cuchillodepalo. He sido firme con él, nada ha valido. Al tiempo me he mostrado cercano a él, nada ha valido. Me he puesto a trabajar con él, nada ha valido. He recomenzado todo de nuevo y he ordenado con él tiempos, medios y tareas, nada ha valido. Me he sentado ha hablar con él a calzón quitado, cara a cara, a afrontar lo más profundo, nada ha valido... En definitiva, todo aquello que me ha servido con multitud de jóvenes, no me ha valido con mi hijo.

¿Cuál es el desacierto? Intuyo que un hijo no es lo mismo que un alumno. Que la relación es sustancialmente distinta. Cuchillodepalo me ve y me siente distinto. Y me da que yo realmente no

le he tratado como a otro alumno, partiendo de la cantidad de alma que en él he volcado. ¿Cómo es y cómo ha de ser esta otra relación entre padre-hijo sustancialmente distinta a la del aula? Ni idea.

2ª DESCERTEZA.

He leído pocos libros de psicología. Más

bien como que no la aguanto. Pero no han sido pocos los libros sobre psicología evolutiva dedicados a la adolescencia que sí que me he chupado. Todo está en los libros. Sé y sabía lo que supone la adolescencia. Los cambios que se dan. La ruptura de relaciones viejas y la creación de nuevas. A mayores, tengo buenos amigos y familiares que han tenido, antes que yo y no hace tanto, hijos en la edad del pavo. Les he oído atento sus hazañas y desventuras. He tenido la prudencia de no reírme de ellos, eso sí, por aquello de cuando las barbas de tu vecino veas cortar... En definitiva, estaba bien preparado para saber cómo lidiar estos miura. Pues ni con esas, no vale nada de



nada. Por mucho que lo espere no soy capaz de aguantar lo irritante de la relación.

¿Cuál es el desacierto? Una cosa es conocer intelectualmente y otra tener el alma, el corazón, el estómago y el hipotálamo preparado para ser el padre de un par de adolescentes.

3ª DESCERTEZA. De Talastilla me las sé todas. Ya que somos tal para cual. Parece que repitiera una a una todas las tonterías. Por tanto debería ser fácil tratar con ella. Pues no, hay un problema: ella es como yo. Pero no como soy yo, sino como era yo. Y qué quieren ustedes que les diga, bastantes problemas tengo para llevarme conmigo mismo, como para saber hacerlo con el conmigo mismo de hace 35 años en circunstancias distintas, entorno social distinto y conmigo de padre (que dicho sea de paso, tampoco soy fácil de aguantar)... ahhhh y encima con móvil!

¿Cuál es la *descerteza*? ¿Por qué tendrá que hacer las mismas tonterías y picias que yo hice? Por cierto ¿hará las mismas cosas buenas que yo hice? No sé, ¡como no cuenta nada!

4º DESACIERTO. Todos los padres de adolescentes, cuando estamos con cualquier conocido, al rato acabamos siempre hablando de los hijos. Y no sé para qué; no nos contamos nada nuevo. Todo el tiempo es lo mismo: "igual que el mío", "son todos

iguales", "como dos gotas de agua".

¿Y el desacierto? *Mal de muchos...* ¡Falso! No nos consuela ni a los tontos. No alivia ni este poquito de na' el saber que todos pasan por las mismas desventuras. (Bueno, quizá sea un poco exagerado y en realidad sí que ayude algo, pero poquito poquito, casi na' de na')

5º DESACIERTO. También es verdad que las conversaciones con los otros padres acaban siempre en el mismo bálsamo: "tranquilo, que esto se pasará con el tiempo". Medianamente mentira. Primero porque esto se hace *laaaaargo*. Y segundo, y sobre todo, porque lógicamente esto no se pasará en el sentido de que todo volverá a ser como antes. Claro que se pasarán las espinillas y los estados de ánimo hiperirritables. Pero no hay vuelta atrás. Todo lo que se sembró o dejó de hacer, todo lo que ahora está pasando, está haciendo a mis Cuchillodepalo y Talastillas del futuro. Luego no puede ser una espera pasiva a que el tiempo pase, es obligatoriamente una espera activa.

¿Cuál es el desacierto? ¿Y qué hago? Si parece que todo lo que toque es para peor. Si hablo, se irritan y, si callo, se cabrean. Se acaban convirtiendo en titubeos todas mis seguridades. Sabiendo además que claro que importo y mucho en la vida de estos

dos mocosos que dejaron de serlo.

Un buen amigo me decía, y bastante que le creo, que en estos años los padres no pintan nada, no tienen nada que hacer. Que las relaciones que mandan, lógicamente son las de sus iguales. Que los padres sirven para confrontarse a ellos, vamos, de diana. Que todo el trabajo ya está hecho en la buena (o mala) educación de los años anteriores. Ahora a esperar que germine y a ver qué sale. Seguro que todo ello es cierto (también es cierto que el buen amigo no tiene hijos, claro está).

1ª CERTEZA DESCONCERTANTE. ¿Qué le está pasando al tiempo? ¿No era lineal? ¿No tienen siempre los años 12 meses? ¿Qué ha pasado en estos cinco años que Cuchillodepalo y Talastillas han pasado tan de repente de niñitos a tan insultantemente jóvenes? ¿Qué ha pasado en esos cinco años que yo he pasado tan de golpe de joven no tan insultante a maduro casaviejo? ¿Esto no era más paulatino?

¿Saben que les digo? Que, como todo en la vida, esto de ser padres de adolescentes y saberlo hacer bien es cosa de ensayo y error y estoy plenamente seguro que con mis próximos 18 hijos habré aprendido (eso sí les llamaré José, María o Manuel, nada de Criacuervos, Malacaba o Marzomarcea). ■